



No es viejo aquel que pierde su cabello o su última muela, sino su última esperanza. No lo es, quien lleva en su corazón el amor siempre ardiente ni el que mantiene su fe en sí mismo. No es viejo quien vive sanamente alegre, convencido de que para el corazón puro no hay edad. El cuerpo envejece, pero no la actividad creadora del espíritu.

Para el profano la ancianidad es invierno; para el sabio, la estación de la cosecha. El crepúsculo de la vida trae consigo su propia lámpara. Hay una primavera que no vuelve jamás y otra que es eterna; la primera es la juventud del cuerpo, la segunda, la del alma.

Cuando una vida noble ha preparado la vejez, no es la decadencia lo que ésta recuerda: son los primeros destellos de la inmor-

talidad. Es estupendo ver a un viejo que asume la segunda parte de su vida con tanto coraje e ilusión como la primera. Para ello, tendrá que empezar por aceptar que el sol del atardecer es tan importante como el del amanecer y el mediodía, aunque su calor sea muy distinto.

El sol no se experimenta menos luminoso ni hermoso por comprobar que el ocaso se aproxima, no cree que su resolana sobre los edificios sea menos importante o necesaria. Cada hora tiene su gozo. El sol lo sabe y cumple cada día su tarea.

¡Ah... si todos los ancianos entendieran que su sonrisa puede ser tan hermosa y fecunda como ese último rayo de sol antes de ocultarse!

<http://grandespersonasmayores.blogspot.com/>



**Envíenos direcciones de personas que estén interesadas en recibir este boletín**

Nombre \_\_\_\_\_ Tel. \_\_\_\_\_

Calle y número \_\_\_\_\_

Col. \_\_\_\_\_ C.P. \_\_\_\_\_

Población y Estado \_\_\_\_\_

Misioneros Combonianos del Corazón de Jesús, A.R.  
Ponciano Arriaga, 10 • Apdo. Postal 1-03 Col. Tabacalera • Alc. Cuauhtémoc 06030  
Ciudad de México • Tel. 55 55 92 38 33 • WhatsApp 55 62 15 79 14  
combomis@prodigy.net.mx

**Queridos misioneros de la tercera edad,** noviembre inicia con la fiesta de Todos los Santos. Agradecemos al Señor el recuerdo de tantos hermanos que dejaron un testimonio y ejemplo a imitar. Hablamos de aquellos que caminan por las calles y pasan desapercibidos, esos que el Papa llama «santos de al lado»: la madre de familia que trabaja doble turno y llega a casa para hacer comida y quehacer, el padre de familia que no recuerda la última vez que tuvo vacaciones, el voluntario que cada noche brinda una taza de café a quienes viven en la calle, el misionero solidario con quienes no tienen voz ni un pedazo de pan.

Celebramos «la santidad que no hace ruido», sinónimo de entrega y amor sin límites que busca sembrar la presencia de Dios en cada ser humano; la pasión y entrega incondicional en mil servicios que quedan en el anonimato y en la alegría de servir a Dios en los demás.

También es el mes de los difuntos. Recordamos a quienes nos han dejado el tesoro de años compartidos en nuestro peregrinar. Llevamos en el alma a quienes nos enriquecieron con su presencia y nos permitieron crecer y avanzar en la aventura de existir, aprendiendo que esta vida tiene fecha de cadu-



cidad. Como cristianos, afirmamos la certeza en la resurrección y agradecemos que la muerte no tiene la última palabra; hemos nacido para no morir jamás. Celebramos la vida, que también sabe de muerte, pero sólo como paso para la eternidad.

En cambio, diciembre nos invita a darnos tiempo para fijar nuestra mirada en el Señor de la vida que, para que sea una auténtica Navidad, desea llenar nuestra existencia con su presencia. Nos acercamos al fin del año, y este 2020 será difícil de olvidar. Seguramente en estos días brotará espontáneamente en nuestro interior el deseo de expresar gratitud, pues el Señor nos ha dado la oportunidad de seguir gozando de esta vida y nos invita a llenar nuestros hogares de su presencia para no cansarnos de compartirla con los demás.

**P. Enrique Sánchez, mccj**

## Para compartir

**A** amados hermanos y hermanas, aprovechemos este último bimestre del año para reflexionar sobre el gozo de sabernos amados por Dios. Para ello, presentamos algunas frases del papa Francisco:

El verdadero gozo proviene del encuentro con Jesús, de creer que nos amó hasta el punto de dar su vida por nosotros. La alegría es saber que somos amados por Dios, que es Padre. La verdadera alegría no es el fruto de nuestros esfuerzos, sino del Espíritu Santo que nos pide que abramos nuestros corazones para llenarlos de felicidad. «Si permitimos que el Señor nos haga salir de nuestro caparazón y cambiemos nuestras vidas, entonces podremos darnos cuenta de lo que san Pablo pedía: “Estén siempre alegres en el Señor, repito: alegrémonos”»  
(**Gaudete et exsultate 122**).

«Por tanto, la alegría es escuchar a Dios que nos dice: “Tú eres importante para mí, te amo, cuento contigo”. De esto viene la alegría, desde el momento en que Jesús me miró: “Sentirse amados por Dios, sentir que por Él no somos números, sino personas; y sentir que es Él quien nos llama”»

(**Discurso a los seminaristas, 6 de julio de 2013**).

Los santos no son superhombres, sino aquellos «que descubrieron el secreto de la felicidad auténtica, que vive en el fondo del alma y tiene su origen en el amor de Dios»  
(**Misa en Malmö, 1 de noviembre de 2016**).

«La felicidad no se trata de tener algo o de convertirse en alguien, no; es estar con el Señor y vivir por amor» (Angelus, 1 de noviembre de 2017), porque «nacimos para no morir nunca más, nacimos para disfrutar. ¡La felicidad de Dios!»

(**Angelus, 1 de noviembre de 2018**).

